

Salvador acercó una mesa al mariscal, sacó de un capotapacio un cuadernillo de papel, y mojando la pluma en la tinta, se la presentó al mariscal.

En el momento de escribir, Mr. de Lamothe-Houdón se volvió hacia la princesa, y mirándola con una dulzura infinita, la dijo con voz paternal:

— Ese joven, á quien Mr. Rappt había tendido un lazo, ¿tú le amas, hija mía, ¿no es cierto?

— Sí, dijo enrojeciéndose la princesa, no obstante sus lágrimas.

— Pues recibe la bendición de un anciano, y sé dichosa, hija mía.

Después, volviéndose al lado de Salvador y tendiéndole la mano:

— Vos habéis expuesto vuestra vida, le dijo, para salvar la de vuestro amigo, vos sois digno hijo de vuestro padre. Recibid las gracias de un hombre honrado.

Su rostro se puso en aquel acto purpúreo, y sus ojos se inyectaron de sangre.

— Pronto, pronto, dijo, el papel.

Salvador se lo presentó.

Entonces el mariscal apoyó su brazo sobre la mesa y escribió con mano más segura de lo que podía esperarse en los supremos instantes en que se encontraba las siguientes líneas:

« Que no se acuse á nadie de la muerte del conde Rappt; yo he sido quien le ha matado esta noche en mi jardín por castigarle de un ultraje que necesitaba reparación.

» EL MARISCAL DE LAMOTHE-HOUDÓN. »

Se hubiera dicho que la muerte no esperaba más que el

último acto de abnegación de este hombre honrado para apoderarse de él.

Apenas había firmado la declaración que acababa de escribir, se levantó bruscamente, como movido por un resorte, lanzó un terrible grito, el último de la agonía y cayó repentinamente sobre el canapé, herido por la apoplejía.

Al día siguiente, todos los diarios ministeriales anunciaron que el dolor de haber perdido á su mujer había conducido al mariscal á la tumba.

Se les enterró á los dos en el mismo cementerio y en el mismo sepulcro.

En cuanto al conde Rappt, conforme á una esquila dirigida al rey por el mariscal de Lamothe-Houdón y unida al testamento hecho el mismo día de su muerte, su cuerpo fué conducido á Hungría y enterrado en la villa de Rappt, lugar de su nacimiento y al cual había puesto su nombre.

## CAPÍTULO VIII.

### LIQUIDACIÓN.

Digamos nuestra opinión política. Aseguramos que el mejor de los gobiernos es aquel en que se pueda pasar sin ministros.

Los hombres de nuestra época que han asistido á las luchas y á las intrigas ministeriales de fines del año de 1827, por poco que recuerden los últimos suspiros de la Restauración, participarán de nuestra opinión: no lo dudamos.

En efecto, después del ministerio provisional en que había entrado el señor mariscal de Lamothe-Houdón y Mr. de Marande, el rey había encargado á Mr. de Chabrol el arreglo de un ministerio definitivo.

Al ver anunciarse en los diarios del 26 de Diciembre que Mr. de Chabrol partía para Bretaña, todo el mundo creyó que el gabinete estaba constituido y se esperaba con ansiedad la inserción oficial en el *Moniteur* de aquella noticia. Decimos con ansiedad, porque después de las conmociones del 19 y 20 de Noviembre, todo París había quedado sumido en el estupor, y la caída del ministerio Villele, que satisfacía al enojo público, no era suficiente, sin embargo, para olvidar lo pasado, ni para presagiar un mejor porvenir. Todos los partidos se agitaban, y uno nuevo venía á salir del fondo de aquel caos, llamando de lejos al duque de Orleans para que fuese el tutor de la Francia, y para que salvase el reino del inminente peligro en que se hallaba.

Pero en vano se buscó la noticia en el *Moniteur* del 27, del 28, del 29, del 30 y del 31 de Diciembre.

El *Moniteur* guardaba silencio. Se esperaba que dijese algo el 1.º de Enero de 1828; pero tampoco dijo nada. Solamente se supo que Carlos X, irritado contra los realistas que habían precipitado la caída de Mr. de Villele, había tachado unos después de otros, todos los nombres de los candidatos para el ministerio que Mr. de Chabrol le había presentado, entre otros por no citarlos á todos, á Mr. de

Chateaubriand y á Mr. de Labourdonnaie, á quienes se llamaba á formar parte del gabinete. Conocían el ascendiente que Mr. de Villele ejercía aún en el ánimo del rey, y no queriendo admitir tanto la animadversión que había dejado en pos de sí el presidente del Consejo, cuanto el papel que habían de desempeñar de hombres sin intervención directa poderosa en los negocios, rechazaban absolutamente el entrar en la combinación de personas que se formaba para el ministerio.

De aquí todos los embarazos que Mr. de Chabrol encontraba para su gabinete, y de aquí también, queridos lectores, el que nosotros tengamos que pedir os permiso para repetir os, como hemos dicho ya: que mientras haya ministros no habrá buen ministerio.

Por fin el 2 de Enero (*expectata dies*), se anunció que la montaña estaba alterada; en otros términos, que Mr. de Chabrol había sido llamado á componer su gabinete.

La crisis duró dos días, el 3 y el 4, crisis terrible á juzgar por el aspecto que presentaban las fisonomías de los cortesanos.

En la noche del 4, el rumor dió á conocer que el nuevo ministerio presentado por Mr. de Chabrol, había sido del agrado del rey.

En efecto, el *Moniteur* del 5 de Enero publicó un real decreto fechado el 4, en cuyo artículo primero se contenían los nombramientos siguientes:

Mr. Portalis, para el ministerio de Justicia.

Mr. de La Ferronnays, para el ministerio de Negocios extranjeros.

Mr. de Caux, para el ministerio de la administración de Guerra, quedando reservada la presentación para los empleos vacantes del ejército al Delfín.

Mr. de Martignac, para el ministerio del Interior, á quien desmembraba las atribuciones relativas al comercio y manufacturas, que eran una sección de la comisión de comercio y colonias.

Mr. de Saint-Cricq, para la presidencia del Consejo superior de comercio y colonias con el título de secretario de Estado.

Mr. Roy, para el ministerio de Hacienda, etc.

Este ministerio, que no había tenido más objeto que calmar los espíritus, no hizo más que sembrar la desconfianza y el temor en todos los partidos, porque solamente podía considerarse como una sombra ó reproducción del ministerio precedente. MM. de Villele, Corbiere, Peyronnet, de Damas y de Clermont-Tonnerre dejaban su puesto sin duda alguna; pero MM. de Martignac, de Caux y de la Ferronnays habiendo pertenecido á la administración el uno como consejero de Estado, el otro como director de una de las dependencias del ministerio de la Guerra, y el tercero como embajador en San Petersburgo, estaban muy lejos de ser hombres nuevos en el gabinete, y parecían no encontrarse en él más que esperando el momento en que Mr. de Villele pudiese volver á tomar la dirección oficial. « Falta una causa suficiente para que pueda existir, » decían los liberales. « Este ministerio no es viable, » repetía todo el mundo.

Se procuró satisfacer á los descontentos destituyendo al prefecto de policía Mr. Delavau, y reemplazándole por Mr. de Belleyme, procurador del rey en París.

Se llegó hasta suprimir la policía del interior, lo que produjo la retirada de M. Franchet; pero esta doble satisfacción, imperiosamente exigida, que se daba á la opinión pública, no sirvió para dar fuerza á la duración del nuevo ministerio.

Uno de los hombres que habían prestado más atención á las dudas y embarázo de S. M. Carlos X y de Mr. de Chabrol, era Mr. Jackal.

Siendo destituido Mr. Delavau, Mr. Jackal debía necesariamente seguir á su protector en su retiro.

Por más que el papel que desempeñase en la prefectura de policía careciese de significación positiva, y no tuviese consecuencias para la nueva marcha que pensaba seguir, al ver en el *Moniteur* el decreto que confería á Mr. de Belleyme, es decir, á un hombre conocido por su lealtad y su horror á la intriga, la administración de la prefectura de policía, dejó caer melancólicamente su cabeza sobre su pecho y meditó profundamente sobre la vanidad de las cosas humanas.

Se encontraba sumido en esta meditación, cuando un ujier vino á manifestarle que el nuevo prefecto, que se hallaba posesionado hacia una hora de su destino, le rogaba entrase en su despacho.

Mr. de Belleyme, hombre de talento, si los hay, tan profundo jurisconsulto como filósofo, no tuvo que hablar mucho tiempo con Mr. Jackal para comprender con qué hombre tenía que habérselas, y si aparentó por un momento el despojarle de sus funciones, más bien fué por asegurar para siempre su fidelidad que porque le causara temor su continuación en la dependencia que tenía á su cargo.

Le conocía hacia largo tiempo, y sabía el tesoro de recursos que encerraba su fecunda imaginación.

Solamente puso una condición en las funciones de Mr. Jackal.

Le suplicó que las desempeñase, no solamente como hombre de talento, sino como hombre de bien.

— El día, le dijo, en que los que administran la policía tengan talento, no habrá ladrones en Francia, y el día en que la policía sea moral, no habrá tampoco motines; sólo habrá revoluciones.

Entonces, comprendiendo Mr. Jackal, que el nuevo prefecto hacía referencia á la asonada del mes de Noviembre organizada por él, bajó la cabeza y se sonrojó púdicamente.

— Lo que os recomiendo sobre todo, continuó Mr. de Belleyme, es el que hagáis desaparecer lo más pronto posible, y conducir de nuevo á las prisiones de donde vienen á esos seres patibularios que invaden el patio del hotel, porque no podré convencerme jamás que sea necesario acudir á los forzados para prender á los ladrones.

Mr. Jackal hizo un movimiento de admiración.

— Convengo con vos, continuó el nuevo prefecto, que el medio es ingenioso, pero no es infalible y le creo de mucho peligro. Os ruego que hagáis una elección entre los hombres que tenéis á vuestras órdenes, y que los mandéis sin ruido ninguno al punto de donde han venido.

Mr. Jackal se adhirió plenamente á la proposición, por extraña que le pareciese, y después de haber asegurado al nuevo jefe su celo y su desinterés, le saludó, inclinándose respetuosamente, y se retiró.

Luego que entró en su gabinete, se recostó en su sillón, limpió los cristales de sus anteojos, sacó su caja y se llenó la nariz de tabaco. Después cruzando á la vez sus piernas y sus brazos meditó de nuevo.

Pero bien puede asegurarse que esta segunda parte de meditación fué mucho más agradable que la primera, por sensibles que fueran las consecuencias para sus dependientes.

En efecto, hé aqui cómo discurría.

— Decididamente, había juzgado bien al nuevo prefecto; no hay duda que es un hombre profundo; la prueba está en que conserva, y esto que está muy lejos de ignorar que yo, aunque poco, he contribuido á la caída del ministerio. Pero hémé aqui de nuevo en pie, puesto que la supresión de la policía en el ministerio del Interior y la retirada de Mr. Franchet me dan más alta importancia. Por otra parte casi había entrado también en mis ideas el ocuparme de esa porción de gente que diariamente llenan el patio de la prefectura.

Es verdad que debo ocuparme algo del sentimiento que voy á causar á esas pobres gentes. ¡Pobre Carmañola! ¡pobre Papillón! ¡pobre Paja-Larga! ¡pobre Trozo de Acero! ¡pobre Gibassier sobre todo!

Al decir estas palabras, Mr. Jackal, para dominar la emoción que le causaban sus tristes pensamientos, sacó de nuevo su caja y absorbió con una especie de violencia un segundo polvo.

— ¡Basta! después de todo, dijo filosóficamente levantándose; el fatuo no tiene más que lo que se merece. Bien sé que ayer me pedía permiso para casarse, y jamás Gibassier será un hombre de su casa; ha sido hecho para las grandes empresas, y creo que el camino de París á Tolón convendrá más á su naturaleza que el gran camino del matrimonio. ¿Cómo va á tomar ahora su nueva posición?

Concluidas estas reflexiones, Mr. Jackal tiró del cordón de la campanilla.

Un portero se presentó.

— Que venga Gibassier, dijo, y si no está ahí, á Papillón, Carmañola, Paja-Larga, Trozo de Acero.

El portero se retiró.

Mr. Jackal hizo sonar un timbre de campanilla colocado casi invisible en el ángulo de la pared.

Un instante después, un agente de policía, de cara avinagrada, vestido de campesino, se presentó en el umbral de una puertecita cubierta por el tapizado.

— Aproxímaos, Colombier, dijo Mr. Jackal.

El hombre de cara feroz, que llevaba este nombre, se adelantó.

— ¿De cuántos hombres podéis disponer en este momento? preguntó Mr. Jackal.

— De ocho, respondió Colombier.

— ¿Contando con vos?

— Sin contarme, y conmigo, de nueve.

— ¿Fornidos?

— Como yo mismo, respondió con una voz bronca Colombier, que debía ser en efecto de una fuerza y de una energía poco comunes, si es permitido juzgar la fuerza del cuerpo por la fuerza de la voz.

— Vais á mandarles subir, continuó Mr. Jackal, y estaréis los nueve en el corredor detrás de mi puerta.

— ¿Armados?

— Bien armados. Al primer golpe de la campanilla entraréis aquí sin dar golpes, y rogaréis al hombre que se encuentre en mi gabinete que os siga, y una vez hecho vuestro prisionero, le confiaréis á cuatro de vuestros hombres, que le conducirán al depósito; y cuando se halle en lugar seguro volverán á subir vuestros hombres, y se colocarán en su puesto en el corredor hasta que el segundo campanillazo os vuelva á llamar para el segundo arresto, y así seguiréis hasta que os dé contra-orden.

¿ Me habéis comprendido bien?

— Perfectamente, respondió Colombier; perfectamente, repitió enorgulleciéndose como un hombre que hace alarde de su clara y fácil comprensión.

— Por lo demás, dijo severamente Mr. Jackal, vos seréis quien me responda de cualquier prisionero que se os escape.

En aquel mismo momento se dieron golpes en la puerta del despacho.

— Este es sin duda uno de vuestros futuros prisioneros que desea entrar; apresuraos á buscar vuestros hombres y colocarlos en el sitio convenido.

— Voy volando, dijo Colombier atravesando de un solo paso la distancia que le separaba del corredor.

Mr. Jackal dejó caer el cortinaje á su espalda y acomodándose en su sillón, dijo:

— Adelante.

El portero introdujo á Paja-Larga.

El amante de la alquiladora de sillas de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, tan largo y tan pálido como Bazile, entró á paso lento en el gabinete, haciendo mil genuflexiones de la misma manera que si estuviese doblado al presentarse ante el altar mayor.

— ¿ Me habéis hecho llamar, mi noble señor? dijo con una voz dolorida.

— Si, Paja-Larga, os he mandado llamar.

— ¿ Y en qué puedo seros útil? sabéis que mi sangre y mi vida están á vuestra disposición.

— Necesito verlo, Paja-Larga; pero por de pronto, decidme si después que habéis entrado á mi servicio, os he dado algún motivo de queja.

— ¡ Oh! señor, ¡ Jesús! jamás, mi digno señor, se apresuró á exclamar con una voz llena de sentimiento el amante de la Barbette.

— Pues bien, yo, Paja-Larga, tengo un gran motivo de descontento con vos.

— ¡Virgen María! ¿es posible, mi buen señor?

— Es más que posible, Paja-Larga, y á mi modo de ver, esto me prueba que por lo menos habéis sido ingrato para conmigo.

— Que Dios, que me oye, dijo el jesuita con una voz dulce, me castigue con la muerte, si en todas las horas del día no me he acordado de vuestros beneficios.

— Justamente, Paja-Larga, tengo mis sospechas de que vos los habéis olvidado; recordádmelos á ver si realmente los tenéis en la memoria.

— Mi buen amo, ¿cómo queréis que yo olvide que detenido en medio de la calle de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, ante la pequeña puerta de la iglesia, provisto de una cruz de plata y de un viril de granate, iba á ser enviado al depósito si vuestra paternal intervención no hubiese llegado á tiempo para sacarme de aquel conflicto?

— Desde aquel día, os hice entrar en mi servicio, dijo Mr. Jackal, ¿y de qué manera habéis reconocido mi bondadoso comportamiento para con vos?

— Pero, mi noble señor... interrumpió Paja-Larga.

— No me interrumpáis, dijo severamente Mr. Jackal. Yo lo sé todo. Desde hace seis meses, vos hacéis uso de la policía por cuenta del Padre Roncín, de vuestra congregación.

— En interés de nuestra santa religión, dijo devotamente Paja-Larga, levantando los ojos al cielo con un aire religioso.

— Interés mal entendido, Paja-Larga, dijo Mr. Jackal afectando un tono colérico; porque el Padre Roncín y su congregación han hecho caer á Mr. Villele, y Mr. Villele ha

llevado tras de sí á todo el ministerio en su caída; de tal modo, desgraciado, que vos habéis sido á vuestro pesar, porque así quiero suponerlo, pero fatalmente, un perturbador del reposo público y sin que dudéis en lo más mínimo, vos habéis socavado la base del trono de S. M.

— ¿Es posible? exclamó Paja-Larga mirando á Mr. Jackal con un aspecto de admiración.

— ¿Supongo que no ignoraréis que el ministerio ha cambiado desde esta mañana? Pues, desgraciado, vos sois una de las causas de esta revolución administrativa. Vos habéis sido designado como un hombre peligroso, y he resuelto, hasta que el movimiento de la capital se haya calmado, de ponerlos en un sitio seguro donde vos podáis tranquilamente disfrutar de vuestro recuerdo y meditar.

— ¡Ah, mi buen señor! dijo Paja-Larga, arrojándose á los pies de Mr. Jackal, ante Dios todopoderoso os juro no volver á poner los pies en Montrouge.

— Es demasiado tarde, dijo Jackal levantándose y tirando del botón de la campanilla.

— ¡Perdón, mi buen señor, perdón! continuaba Paja-Larga llorando como un niño.

Colombier se presentó.

— Perdón, repetía Paja-Larga, que temblaba al ver entrar al agente, cuyas atribuciones conocía claramente.

— Es demasiado tarde, dijo con un tono severo M. Jackal; vamos, levantaos y seguid á ese hombre.

Paja-Larga, viendo la cara irritada de Mr. Jackal y comprendiendo que no había que hablar una sola palabra, siguió al agente cruzando las manos para darse un aire de mártir.

Paja-Larga partió. Mr. Jackal llamó nuevamente.

El portero se presentó anunciando á Carmañola.

— Que entre, dijo Mr. Jackal.

El provenzal se precipitó, más bien que entró en el gabinete donde estaba Mr. Jackal.

— ¿Qué necesitáis para vuestro servicio, señor? dijo con una voz aflautada.

— Cosa muy sencilla, Carmañola, respondió Mr. Jackal. ¿De cuántos robos sencillos tenéis que acusaros?

— De treinta y cuatro, tantos como años tengo, respondió alegremente Carmañola.

— ¿Y de robos complicados? quiero decir, con fractura.

— De doce, tantos como meses tiene el año, respondió el marsellés con el mismo tono.

— ¿Y de tentativas de asesinato?

— De siete, tantas como días la semana.

— Según lo que habéis dicho, necesitáis treinta y cuatro veces una prisión; doce un presidio y siete el estar en la plaza de Greve. Es decir, cincuenta y tres condenas más ó menos graves. ¿No es esta vuestra cuenta?

— Exactamente, respondió Carmañola.

— Pues bien, amigo mio, vuestras aventuras empiezan á hacer demasiado ruido en el mundo y he tomado la resolución de desterraros por algún tiempo.

— ¿En qué parte del globo? preguntó sin turbarse Carmañola.

— Supongo que cualquiera rincón de la tierra que habitéis os será indiferente.

— Sí, con tal que ese rincón de la tierra no se encuentre á la orilla del mar, respondió el provenzal, que descubriría, aunque vagamente, en el sitio en que Mr. Jackal había elegido las negras brumas de Brest y el sol de Tolón.

— Pues, espiritual Carmañola, habéis adivinado precisamente el lugar pintoresco del destierro que yo he buscado para vos.

— ¡Ah, Mr. Jackal! dijo esforzándose por reír el dúctil marsellés, ¿vos queréis sin duda atemorizarme?

— ¡Yo atemorizaros, mi buen Carmañola! contestó en tono de admiración Mr. Jackal. ¿Es acaso costumbre en mí atemorizar á los buenos servidores como vos?

— Si, os comprendo bien, dijo medio triste y medio alegre el provenzal, ¿es una ración de presidio la que me proponéis?

— Habéis encontrado la frase, ingenioso Carmañola, es precisamente una ración de presidio; pero debo deciros el motivo.

— Vos ¿no sois huérfano?

— De nacimiento.

— Vos no tenéis ni amigos, ni familia, ni patria: pues bien, yo voy á daros una patria, una familia y unos amigos; ¿de qué podéis quejaros?

— Cambiemos las expresiones, dijo el marsellés, ¿vos queréis enviarme á Rochefort, á Brest ó á Tolón?

— Os dejo que elijáis el punto de esos tres retiros que mejor pueda conveniros; pero comprendedme bien, inteligente Carmañola, no es por vuestros pecados por lo que os destino tan lejos de mí; es por poder aprovechar siempre vuestro celo y vuestro desinterés.

— No os comprendo, contestó el provenzal, que no descubriría adónde iba á parar Mr. Jackal.

— Voy á explicarme, alegre Carmañola. Vos no ignoráis que la vigilancia, inteligentemente ejercida respecto de los hechos é intenciones de los hombres de Brest ó de Tolón, es un medio tradicional de gran fuerza para la

conservación del orden en estas casas de retiro penitenciario.

— Os comprendo, dijo el marsellés, frunciendo ligeramente las cejas; ¿del rango de espía me eleváis al de raposo y de traidor?

— Vos sois quien lo habéis dicho, perspicaz Carmañola.

— Así lo creo, dijo sin alegría ninguna el provenzal; pero vos habréis oído hablar de las terribles venganzas que ejercen los detenidos con los traidores.

— Lo sé, dijo Mr. Jackal; pero transijamos, no seáis traidor, no seáis más que raposo.

— ¿Y cuánto tiempo podrá durar esa comisión extraordinaria? preguntó Carmañola.

— El tiempo necesario para apagar el rumor que se ha levantado respecto de vos desde hace algún tiempo. Creed que no tardaré en sentir el verme privado de vuestra ausencia.

Carmañola bajó la cabeza y reflexionó: después de un instante de silencio dijo:

— ¿Vuestra oferta es verdadera? ¿es una cosa seria?

— Nada más verdadero y nada más formal, amigo mío, y voy á daros la prueba de ello.

Mr. Jackal volvió á tirar por segunda vez del botón de la campanilla.

Por segunda vez se presentó también Colombier.

— Vais á acompañar á este caballero, dijo Mr. Jackal al agente designando á Carmañola, y le conduciréis donde os he dicho, con todos los miramientos y cuidados de que es digno.

— Pero, exclamó el desdichado Carmañola; ¿Colombier es quien va á llevarme al depósito.

— Sin duda alguna, dijo Mr. Jackal cruzándose de brazos y mirando severamente á su prisionero.

— ¡Ah, perdón! dijo el provenzal, que comprendió toda la significación de aquella mirada; creía que solamente era hablar lo que me deciais.

Y en seguida, dirigiéndose á Colombier, como un hombre que está seguro de escaparse de presidio al poco tiempo, le dijo:

— Ya os sigo.

— Este Carmañola está verdaderamente más alegre de lo que debiera en semejante caso, murmuró Mr. Jackal al ver el modo que tenía de salir el marsellés.

Después, volviendo á tirar del cordón de la campanilla que estaba junto á la chimenea, se sentó de nuevo en su sillón.

El portero se presentó y anunció á Papillón y Trozo de Acero, que esperaban en el corredor su turno.

— ¿Cuál está más impaciente de los dos? preguntó Mr. Jackal.

— Los dos están á cual más impacientes, contestó el portero.

— Entonces hacedlos entrar á los dos.

El portero salió y volvió á entrar después de algunos instantes precedido de Papillón y Trozo de Acero.

Trozo de Acero era un gigante; Papillón un enano.

Papillón no tenía pelo de barba; Trozo de Acero era grueso y tenía un bigote cuyo término no se veía jamás.

En una palabra, para completar el contraste, Trozo de Acero era melancólico como Paja-Larga, y Papillón tan alegre y jovial como Carmañola.

Excusamos decir que Trozo de Acero era de la Alsacia y Papillón de la Gironda.



El primero se inclinó ante Mr. Jackal, y el segundo dió una especie de salto acrobático más bien que hizo un saludo.

Mr. Jackal se sonrió imperceptiblemente al considerar el aspecto de sus visitas.

— Trozo de Acero, dijo por fin, y vos, Papillón, ¿qué habéis hecho durante las memorables noches del 19 y 20 de Noviembre último?

— Yo, respondió Trozo de Acero, he llevado á la calle de Saint-Denis las carretas, las piedras y vigas que se me ha hecho el honor de confiarme.

— Bien, dijo Mr. Jackal, ¿y vos, Papillón?

— Yo, respondió éste, he destrozado, según la recomendación de V. E., la mayor parte de los cuadros de dicha calle.

— ¿Y después, Trozo de Acero? continuó Mr. Jackal.

— Después, con ayuda de algunos amigos desinteresados, he construido todas las barricadas que rodeaban el cuartel de aquel punto.

— ¿Y vos, Papillón?

— Yo, respondió el personaje interpelado, he roto en presencia de los campesinos que pasaban todos los objetos que V. E. me había hecho el honor de confiarme.

— ¿Y es eso todo?

— He gritado: « Abajo el ministerio, » dijo Trozo de Acero.

— Y yo, « Abajo los jesuitas, » añadió Papillón.

— ¿Y después?

— Nos hemos retirado tranquilamente, dijo Trozo de Acero mirando á su compañero.

— Como gentes inofensivas, añadió Papillón.

— Así, replicó Mr. Jackal dirigiéndose á los dos: ¿no

recordáis haber hecho nada que estuviese fuera de las órdenes que yo os tenía comunicadas?

— Absolutamente nada, dijo el gigante.

— Nada absolutamente, repitió el enano mirando á su camarada.

— Pues bien; yo voy á refrescaros la memoria, y acercando el sillón hacia la mesa y tomando una hoja de papel que había sobre ella, después de haberla recorrido rápidamente con los ojos, dijo:

« Resulta de este parte: 1º. que habéis robado en la noche del 19 de Noviembre bajo el pretexto de prestar socorro á la mujer que se encontraba enferma, en la tienda de un joyero de la calle de Saint-Denis.

— ¡ Oh! dijo Trozo de Acero con horror.

— ¡ Oh! repitió Papillón.

— 2º., continuó Mr. Jackal, que en la noche del 20 de Noviembre, ambos, con ayuda de ganzúas y de la mujer de Barbette, concubina de Longue-Avoine, vuestro compadre, habéis penetrado en casa de un comerciante de la misma calle y habéis sustraído, en luises de oro de Cerdeña, en florines de Baviera, en moneda austriaca, en guineas inglesas, en doblones de España y en billetes del Banco de Francia, la suma de 63.701 francos 70 céntimos, sin contar el valor del cambio.

— Eso es una mentira, dijo Trozo de Acero.

— Es una odiosa calumnia, añadió Papillón.

— 3º., continuó Mr. Jackal sin demostrar que tomaba en consideración la indignación de sus dos prisioneros. En la noche del 21 del mismo mes ambos, en compañía de vuestro amigo Gibassier, habéis de tenido á mano armada, entre Nemours y Chateau-Landón, á la mala en que iba un inglés con su señora, y después de haber puesto una pis-

tola en la garganta al postillón y correo, habéis robado cuanto iba en la mala, que era una cantidad de 27.000 francos. No me ocupó ni de la cadena ni del reloj del inglés, ni de las joyas de la inglesa.

— Eso es una iniquidad, exclamó el de la Alsacia.

— Una iniquidad, repitió el de la Gironda.

— Y finalmente, continuó sin desconcertarse Mr. Jackal, y para no detenerme en vuestros diversos hechos, desde dicha noche, hasta la del 31 de Diciembre: Vosotros, el día 1.º de Enero de 1828, con objeto sin duda de empezar bien el año, habéis apagado los reverberos de Montmartre y sustraído á favor de la noche á los transeúntes retrasados, á los unos el bolsillo, á los otros el reloj, ascendiendo el número de vuestros favorecidos hasta 59.

— ¡ Oh ! suspiró el gigante.

— ¡ Oh ! gimió el enano.

— Por este motivo, replicó Mr. Jackal con una voz magistral, en atención á que á pesar de vuestras negativas, refutaciones, indignación y diferentes contorsiones, es cosa clara y demostrada para mí que habéis abusado espantosamente de la confianza que había puesto en vosotros;

Considerando, repito, que al robar á un tercero y á un cuarto, os habéis conducido, no como agentes honrados de policía, sino como ladrones vulgares;

Por este motivo:

Estáis invitados á pasar en un breve término al gabinete inmediato, donde un hombre que os conoce á los dos, y que se llama Colombier, os va á prender y á conducirlos á lugar seguro, hasta que yo tenga el tiempo necesario de buscar un medio que ponga coto á vuestros abusos.

Después de pronunciar todas estas frases, Mr. Jackal con la mayor sangre fría, llamó á Colombier, quien se pre-

sentó por la tercera vez, y no pudo menos de manifestar también su tristeza al ver la cara llorosa que ponían sus dos amigos Trozo de Acero y Papillon.

Pero como militar fiel á su consigna, y á una indicación de Mr. Jackal, cogió al gigante por un brazo, y al enano por otro, y los llevó en seguida á unirse con Carmañola y Paja-Larga.

Después hubo un momento de descanso en esta liquidación de cuentas pendientes.

Este cuádruple arresto no había ni conmovido ni aun interesado á Mr. Jackal. Sin duda el carácter de Carmañola le era algo simpático, y su pérdida merecía algún recuerdo; pero él conocía al marsellés á fondo y sabía que de un modo ó de otro se escaparía tarde ó temprano.

En cuanto á los otros, no eran más que unas simples ruedas en su máquina administrativa, los miraba funcionar como si no ayudasen á sus empresas. Paja-Larga era un hipócrita; Trozo de Acero no era más que un hombre de fuerza, y en cuanto á Papillon, por ligereza que tuviese no era tampoco más que una pálida copia de Carmañola.

Se comprende por lo tanto que estos personajes no interesasen más que á medias al filósofo Mr. Jackal.

— ¿Qué valor podían tener en efecto estos tres delegados al lado de la superioridad incontestable de Gibassier?

— ¡ Gibassier! el agente fénix, el espía por excelencia, el hombre de los recursos inesperados, el hombre de medios sin límites y el de las encarnaciones multiplicadas.

Hé aquí en lo que reflexionaba el jefe de la policía secreta entre la partida de Trozo de Acero y de Papillon y la llegada de Gibassier.

— En fin, dijo... es preciso...

Y habiendo vuelto á sonar la campanilla vino á sen-

tarse de nuevo también en su sillón, y apoyó su frente en las manos.

El portero hizo entrar á Gibassier.

Aquel día Gibassier estaba en traje de etiqueta; y su fisonomía sonrosada y sus ojos bastante animados de costumbre, tenían en aquel momento una viveza y un brillo extraordinarios.

Mr. Jackal levantó la cabeza y se admiró de la magnificencia de su traje y su aspecto.

— ¿Estáis de boda ó de entierro en el día de hoy? le preguntó.

— De boda, querido Mr. Jackal, respondió Gibassier.

— ¿Quizá de la vuestra?

— No, ciertamente, mi querido señor, vos conocéis cuáles son mis ideas en cuanto al matrimonio; pero es casi lo mismo, porque quien se casa es una antigua amiga mía.

Mr. Jackal se llenó la nariz de tabaco, como para sujetar la amonestación que iba á dirigir á Gibassier á propósito de su teoría sobre las mujeres.

— ¿Y tengo el gusto de conocer al marido? preguntó después de un momento de silencio.

— Le conocéis, al menos por oídas, respondió el forzado. Es un compañero de Tolón; aquel con quien me escapé tan ingeniosamente del presidio; es el ángel Gabriel.

— Ya me acuerdo, dijo Mr. Jackal moviendo la cabeza, me habéis contado esa historia en el Puits-qui-Parle, donde tuve la ventaja de pescaros, lo cual me produjo un reuma que todavía no se me ha quitado.

Y como para dar más fuerza á sus palabras, Mr. Jackal empezó á toser.

— Buena tos, dijo Gibassier, toda robusta, añadió en forma de consuelo. Uno de mis antepasados ha muerto á los ciento siete años, teniendo desde los cincuenta una tos parecida.

— Á propósito de evasión, dijo Mr. Jackal, vos no me habéis explicado claramente la vuestra. Sé de una manera vaga que un enfermero os ayudó al ángel Gabriel y á vos; pero para corromper ó seducir aunque no fuera más que á un enfermero, era preciso dinero. ¿De dónde habéis sacado el vuestro? porque yo no comprendo que vuestro *mucho trabajo* os haya enriquecido.

Al llegar á estas palabras, la cara sonrosada de Gibassier se convirtió en púrpura,

— Os ponéis encarnado, dijo Mr. Jackal admirándose.

— Perdonadme, Sr. Jackal, dijo el forzado, pero uno de los recuerdos más seductores de mi vida aventurera me viene en este momento á la memoria.

— ¿Un recuerdo seductor, tratándose de presidio? preguntó Mr. Jackal.

— No, tratándose de mi evasión, ó más bien de la dama misteriosa que me la facilitó.

— ¡Va! dijo Mr. Jackal mirando á Gibassier con un aire desdeñoso. Y eso sería por causa de no gustar jamás del bello sexo.

— Es que precisamente esa dama misteriosa es la que viene á casarse hoy con el ángel Gabriel.

— Vos me habéis asegurado, no obstante, dijo severamente Mr. Jackal, que ese forzado se encontraba en el extranjero

— Es muy cierto, respondió con una especie de orgullo Gibassier; había ido á pedir el consentimiento de su familia y arreglar sus papeles.

— ¿Vosotros habéis sido arrestados á la vez, según creo?

— En efecto, Sr. Jackal.

— ¿Como monederos falsos?

— Yo no, mi noble patrón; era el ángel Gabriel quien hacia la moneda; porque lo que es por mi parte no entiendo absolutamente nada en metalurgia.

— Os excusáis, mi buen Gibassier, pero para mi lo mismo es la moneda falsa que los escritos falsos.

— Es bien diferente, dijo con gravedad Gibassier; la moneda falsa consiste en la materia, y los falsos escritos están en el arte.

— Si no tengo mala memoria, un día llegó de parte de S. E. el ministro de Justicia un legajo dirigido al señor director del presidio de Tolón, en que se contenian todos los documentos necesarios para que se pusiera en libertad á un preso; los cuales estaban adornados de todas las firmas oficiales. Estos documentos estaban arreglados por vos, ¿no es cierto?

— Era para libertar al ángel Gabriel, Sr. Jackal, es uno de los actos más filantrópicos de mi vida agitada, y tendría la modestia de callarte si vos me obligaseis á descubrirle.

— Esas no son más que bagatelas del que empieza, dijo Mr. Jackal, y por lo tanto no me explica vuestra tercera entrada en el presidio. Tened la bondad de ayudar á mi memoria.

— Os comprendo, dijo el forzado, es mi examen de conciencia el que me rogáis que haga ante vos, es mi confesión la que me pedís.

— Precisamente, Gibassier, á no ser que vos veáis en esta confianza algún obstáculo serio.

— No encuentro ninguno, dijo Gibassier, y tengo tanto

menos que dudar, cuanto que os bastaría leer los periódicos de aquel tiempo para adquirir conocimiento de todo.

— Esperad, pues.

— Corría el año de 1822 ó 1823, no estoy seguro de la fecha.

— No hace al caso.

— Era un año fértil, jamás los campos habian tenido espigas más doradas, jamás las cepas habian mostrado tallos más verdes.

— Desearia que observaseis que las espigas y los pámpanos son extraños á la cuestión.

— Esto es para deciros, mi querido Sr. Jackal, que el calor de aquel verano era sofocante.

Hacia tres días que me había escapado del presidio de Brest; hacia tres días que permanecía oculto en las aberturas de una de las rocas que forman la linea de Bretaña, sin haber comido y sin beber nada. Á mi lado un grupo de gitanos cubiertos de andrajos, hablaban de mi evasión y de los cien francos que se entregaría al que me detuviese.

Vos no ignoráis que el presidio es para estas tribus errantes un magnífico recurso; y así como se alimentan del pescado muerto que la mar arroja á la playa, también se sostienen de la caza de los presidiarios: conocen los bosques espesos, los caminos intransitables, y los valles profundos, donde el fugitivo puede retirarse á tomar aliento en su carrera. Al primer cañonazo que anuncia una evasión, parecen salir de debajo de la tierra, armados de palos, de cuerdas, de piedras, navajas, y se ponen en persecución del desgraciado con una alegría y una avidez que parecen instintivas en estas gentes.

Yo me encontraba allí hacia tres días, cuando una

tarde, un cañonazo se dejó oír, que anunciaba otra evasión. En seguida se dan gritos de á la caza en medio de todos los gitanos. Cada cual toma la primer arma que encuentra á la mano, y poniéndose en persecución de mi desgraciado compañero, me dejan sobre mi roca como el antiguo Prometeo, expuesto á los rigores de la sed y del hambre.

— Vuestra relación tiene mucho interés, Gibassier, dijo Mr. Jackal con una imperturbable sangre fría; continuad.

— El hambre, repitió Gibassier, no reconoce ningún obstáculo. En dos saltos me pongo en tierra, y en tres brincos en el fondo de un valle; á siete ú ocho pasos de distancia, advertí una casucha, en la cual brillaba una luz. Iba á llamar para pedir agua y pan, cuando me ocurrió la idea de que aquella choza podía servir de abrigo á alguna gitana ó por lo menos á algún paisano que ne le faltaría algo que venderme. Dudé por un instante, pero mi resolución fué tomada bien pronto. Llamé á la puerta de la cabaña con [el puño de mi cuchillo, decidido á vender cara mi vida si se la amenazaba.

— ¿Quién es? preguntó una mujer, que á su cascada voz conocí que era una vieja, y que su acento me hizo comprender también que era gitana.

— Un pobre viajero que sólo pide un poco de agua y un pedazo de pan, la respondí.

— Entonces, proseguí vuestro camino, contestó la vieja cerrando la ventanilla.

— Buena mujer, en socorro de la humanidad, un poco de pan y un poco de agua, la volví á repetir con voz suplicante.

Pero la vieja no respondió.

— Tú lo quieres, pues sea; y dando un fuerte golpe con

el pie en la puerta fué á caer en medio de la pieza de la sala haja que servia de entrada á la casa.

Al ruido que hizo la puerta al caer, la vieja se presentó con una luz en la mano al último de la escala que le servia de subida. Puso la mano derecha detrás de la luz para descubrir mejor mi persona, pero no pudiendo distinguir al través de aquella obscuridad, preguntó con una voz especial:

— ¿Quién está ahí?

— El desgraciado viajero, la respondí.

— Espera, dijo bajando los peldaños de la escala con una ligereza extraordinaria para su edad; espera, voy á hacerte viajar.

Viendo que no podía salir mal con aquella vieja en caso de lucha, me dirigí hacia un pedazo de pan negro que pude descubrir, le cogí y empecé á comer con avidez.

En este momento la gitana llegó al pavimento, y cogiéndome por la espalda procuró ponerme fuera de la puerta.

— Os suplico me dejéis beber, la dije al advertir una alcarraza al último de la pieza.

Pero retrocedió espantada lanzando un grito terrible al ver mi traje de forzado.

Á este grito, otra persona se presentó al último de la escala.

Era una mezquina joven, de diez y seis á diez y siete años.

— ¿Qué es eso, mamá? exclamó.

— ¡El forzado! contestó la vieja señalándome con el dedo.

La joven saltó, más bien que bajó la escalera, y lanzándose sobre mí con una avidez de fiera antes de que hubiera

podido observar su movimiento, y con una energía increíble en una mujer de su edad, me cogió del cuello por detrás y me derribó en el suelo, gritando :

— ¡ Mamá !

Á su voz, la madre se arrojó también como un chacal, y sujetándome por el pecho empezó á gritar con todas sus fuerzas : ¡ socorro ! ¡ socorro !

— Dejádme, les dije, sin procurar rechazar aquellas furias.

— ¡ Socorro ! ¡ socorro ! gritaron á la vez la madre y la hija.

— Dejádme, les repetía yo con una voz estentórea.

— ¡ Al forzado ! ¡ al forzado ! gritaban á cual más podía.

— ¡ No queréis estaros quietas ? les dije cogiendo á la vieja por la garganta y volviéndola de espaldas para colocarme á mi vez sobre ella.

La muchacha saltó entonces sobre mí, y llevando mi cabeza hacia atrás, movimiento que la parecía familiar, me sujetó por una oreja cogiéndomela con sus dientes.

Yo comprendí que era necesario terminar aquella cuestión! El padre, los hermanos ó el marido podían llegar de un momento á otro ; por lo cual apliqué con más fuerza mis dedos al cuello de la vieja, y por el aliento que se escapaba de su pecho y la agitación en que estaba, comprendí que no gritaría más.

Durante este tiempo la joven seguía mordiendo.

— Dejádme ú os mato, la dije con un tono espantoso.

Pero fuese que no comprendiera mi idioma, ó que no quisiera comprenderle, me mordía con tal violencia, que sacando mi cuchillo y volviendo mi brazo derecho hacia su costado, introduje toda la hoja hasta el mango en su pecho izquierdo.

En seguida cayó en tierra.

Me lancé sobre la alcarraza y bebí con avidez del agua que contenía.

— Conozco la continuación, dijo Mr. Jackal, cuya frente se arrugaba cada vez más á medida que el narrador llegaba al desenlace de su lúgubre historia. Vos fuisteis detenido ocho días después y conducido á Tolón, librado de la pena de muerte por uno de esos milagros en que la mano de la Providencia se muestra claramente.

Después de haber pronunciado estas palabras hubo un momento de silencio. Mr. Jackal parecía que había caído en un profundo sueño.

En cuanto á Gibassier, que á pesar de su acostumbrada alegría, se había puesto triste al contar su historia, empezaba á preguntarse á sí mismo cuál sería la causa que habría obligado á su señor á que le contase un suceso que por lo menos le era tan conocido como á él.

Luego que este pensamiento se apoderó de su imaginación, se preguntaba qué interés podía tener el jefe de la policía en aquel examen de conciencia. No lo adivinaba, pero descubría algo aunque de una manera vaga, y reasumió su situación bajando la cabeza y preguntándose :

— ¡ Diablo ! esto no debe ser bueno para mí.

Lo que más contribuía á corroborarle en su opinión, era la cabeza baja, las cejas fruncidas ; en una palabra, la actitud de Mr. Jackal.

En cuanto á éste, levantando de repente la cabeza y pasando la mano por la frente como para despejar las nubes que la rodeaban, miró al forzado con una especie de compasión y le dijo :

— Escuchádme, Gibassier, yo no quiero turbar tan buen día con recriminaciones que os parecerán sin duda

hoy fuera de tiempo. Id á la boda del ángel Gabriel, mi buen amigo, divertíos cuanto podáis. Iba á deciros para interés vuestro una cosa de la más alta importancia, pero en consideración á vuestro banquete fraternal la reservo para mañana.

Gibassier miró al director de policía con admiración.

— A propósito, mi querido Gibassier, continuó Mr. Jackal: ¿ dónde tenéis el festín de boda?

— En Cadran-Bleu.

— Excelente restaurant, amigo mío. Divertíos y mañana nos ocuparemos de los asuntos serios.

— ¿ Á qué hora? preguntó Gibassier.

— Á las doce, si no estáis muy cansado.

— Á las doce, ¡ hora militar! dijo saludando y retirándose el forzado, admirándose de que aquella conversacion que tan mal habia empezado, hubiese concluido tan bien.

Al siguiente día á la hora convenida, Gibassier volvió á entrar en el despacho de Mr. Jackal.

Su traje en este día era más sencillo y su fisonomía estaba más pálida. Al examinarle atentamente un observador hubiese descubierto en las profundas arrugas de su frente y en el círculo negro que rodeaba sus ojos, las señales de una noche de insomnio y de ansiedad.

Así lo advirtió también Mr. Jackal, quien tampoco se engañó en las causas del insomnio del forzado.

En efecto, después del festín viene el baile, después del baile la bebida, y después de la bebida la orgía; y Dios sabe adónde la orgía conduce á sus apasionados.

Gibassier habia llenado vigorosamente esta fatigosa peregrinación que va desde el salón del restaurant hasta la última habitación á que conduce la orgía.

Pero nada era suficiente para doblegar á un hombre de

la resistencia de Gibassier, y Mr. Jackal hubiera visto brillar en la frente del forzado la acostumbrada serenidad, si un incidente sobrevenido al tiempo de levantarse en aquella mañana no le hubiera hecho perder á un mismo tiempo el valor y los sonrosados colores de sus mejillas.

El lector convendrá con nosotros que tenia que perder todavía mucho más.

En efecto, hé aquí lo acaecido:

Á las ocho de la mañana, y cuando todavía estaba durmiendo, fué despertado bruscamente por grandes golpes que se daban á la puerta de su cuarto.

Desde su lecho preguntó: « ¿ Quién es? » y una voz de mujer contestó: « Soy yo, » y Gibassier, reconociendo la voz, habia ido á abrir la puerta volviéndose á meter en el lecho precipitadamente.

Se juzgará su admiración al ver entrar en su cuarto, pálida y desolada, con los ojos enfurecidos, á una mujer de unos treinta años, que no era otra que la nueva esposa, la mujer del ángel Gabriel, una antigua amiga suya, según habia dicho á Mr. Jackal.

— ¿ Qué sucede, Elisa? la preguntó en seguida.

— Se me ha arrebatado á Gabriel, contestó la mujer.

— ¿ Cómo! ¿ arrebatado á Gabriel? preguntó el forzado estupefacto, ¿ y por quién?

— Lo ignoro.

— ¿ Y cuándo?

— Tampoco lo sé.

— Veamos, querida amiga, dijo Gibassier frotándose los ojos para asegurarse de que estaba bien despierto. ¿ No estoy dormido? ¿ No sueño que vos estáis aquí y que se han llevado á Gabriel? ¿ Qué quiere decir esto? ¿ Qué ha pasado?

— Escuchadme: Cuando salimos de Cadrán-Bleu nos dirigimos á nuestro alojamiento; ¿no es así?

— Así lo creo.

— Un joven de los amigos de Gabriel y otro que no conocíamos, pero que iba muy bien puesto, nos acompañaron hasta nuestra puerta. Cuando llegamos, en el momento en que yo iba á levantar el picaporte, el amigo de Gabriel le dijo: «Mañana muy temprano tengo que marcharme, y no podría volveros á ver, y sin embargo tengo algunas cosas muy importantes que deciros.» Pues bien, respondió Gabriel, si son importantes, decídmelas en seguida. — Es que son un secreto, dijo en voz baja el amigo. — No importa; Elisa, respondió Gabriel, va á subir á su habitación, y vos podéis contármelo. — Yo subí en efecto á acostarme, y estaba tan cansada del baile, que me dormí como una estúpida. Pero esta mañana, al levantarme á las ocho, llamo á Gabriel; Gabriel no contesta; bajo á la portería y pido noticias suyas. Nadie le ha visto ni oído, porque no entró en casa.

— ¡Y en una noche de novios! dijo Gibassier frunciendo el entrecejo.

— Eso es precisamente lo que yo pregunto, dijo Elisa. Si hubiera sido otra noche cualquiera, aun podría explicarse.

— Eso se explicaría perfectamente, continuó el forzado que procuraba siempre buscar solución en las cosas más difíciles.

— Después he ido al Cadrán-Bleu y á la taberna adonde asiste de costumbre á dar de beber á algunos, y como nadie me ha dado razón, he venido á buscarte.

— El *tú* es un poco pronto, dijo Gibassier, para el día siguiente de una boda.

— Pero un día que no ha tenido noche.

— Entonces es justo; observó el forzado, que á contar desde aquel momento comenzó á mirar á su antigua amiga absolutamente como si la hubiese visto por primera vez.

— ¿Y no sospechas nada? replicó después de haberla mirado con detención.

— ¿Qué quieres que sospeche?

— Todo, ¡voto á!...

— Todo es mucho, contestó Elisa.

— Dime, preguntó Gibassier: ¿cómo se llama el amigo que os acompañó?

— Ignoro su nombre.

— Dime: ¿cómo era?

— Es pequeño, moreno, con bigotes.

— Eso no es una descripción; la mitad del género humano es pequeño, moreno y con bigotes.

— He querido decir, que me parece del Mediodía.

— ¿De qué Mediodía? ¿del de Marsella? ¿De Tolón?

— No puedo decírtelo.

— ¿Dónde le había conocido Gabriel?

— En Alemania, según lo que parece. Habían salido de un mismo punto, habían comido en el mismo albergue, y después habían estado en Francfort, donde habían tenido negocios á medias.

— ¿Qué negocios?

— No lo sé.

— Sabes muy poco, querida amiga, y no veo en las débiles noticias que me das ningún indicio que pueda ponerlos en la pista.

— ¿Cómo hacerlo?

— Permíteme vestirme.



— ¿ Tú no le crees capaz de que haya pasado la noche en otra parte ?

— Al contrario, en el mero hecho de no estar en tu casa, supongo que ha pasado la noche en otra parte.

— ¡ Oh ! por otra parte entiendo la casa de alguna de sus antiguas conocidas.

— En cuanto á eso, aseguro lo contrario. Pero eso sería una debilidad, una tontería, y Gabriel ni es tonto, ni es débil.

— Tienes razón, dijo Elisa suspirando. ¿ Pero en fin qué hacer ?

— Déjate que piense, voy á soñar con esto.

En efecto el forzado se cruzó de brazos, frunció las cejas y en lugar de mirar á su antigua amiga como lo habia hecho hasta entonces, cerró los ojos y miró, por decirlo así, á él mismo.

Durante este tiempo, Elisa empezó á examinar la habitación de Gibassier.

La meditación pareció sin duda demasiado larga á Elisa, y temía que efectivamente degenerase en un verdadero sueño.

— ¡ Eh ! ¡ eh ! amigo Gibassier, dijo levantándose y tirándole de la manga de la camisa

— ¿ Qué ?

— ¿ Vamos á dormirnos otra vez ?

— Te digo que estoy reflexionando, contestó Gibassier con cierto tono de mal humor, quien lejos de dormirse comentaba palabra por palabra toda la conversación que habia tenido la vispera con Mr. Jackal, y comenzaba á sospechar acordándose de sus últimas palabras : « ¿ dónde coméis ? » que el jefe de la policía secreta podía muy bien no ser extraño á la desaparición de Gabriel.

Una vez presentada esta idea en su imaginación, saltó del lecho sin pudor ninguno y cogió con rapidez su pantalón.

— ¿ Qué haces ? preguntó admirada Elisa, quien quizás venia á buscar del forzado más bien consuelos que noticias.

— Ya lo ves, vestirme, respondió Gibassier, poniéndose su ropa con tanta precipitación que se hubiera dicho que se trataba de prenderle ó que habia fuego en su casa.

En dos minutos se encontró vestido de pies á cabeza.

— ¡ Ah ! preguntó Elisa, ¿ qué te ocurre ? ¿ acaso tienes algún temor ?

— Lo temo todo, querida Elisa, tengo además otros muchos cuidados, contestó enfáticamente el forzado, quien á pesar del peligro que le amenazaba hacia alarde de su pedantería.

— ¿ Es decir, que estás en la pista ? preguntó la mujer de Gabriel.

— De seguro, contestó Gibassier sacando de su mesa los billetes de banco y las monedas de oro que contenía.

— ¡ Tomas dinero ! dijo Elisa admirada. ¿ Acaso vas de viaje ?

— Exactamente.

— ¿ Lejos ? ¿ muy lejos ?

— Al fin del mundo probablemente.

— ¿ Para mucho tiempo ?

— Para siempre, si es posible, respondió Gibassier sacando de otro cajón un par de pistolas, algunos cartuchos y un puñal, que guardó en los bolsillos de su saco.

— ¿ Está amenazada tu vida ? preguntó Elisa cada vez más admirada al ver aquellos preparativos.

— Más que amenazada, contestó el forzado poniéndose el sombrero.

— Pero tú no pensabas viajar cuando yo entré aquí, dijo la mujer de Gabriel.

— No, pero la detención de tu marido me ha probado que debo hacerlo.

— ¿Según eso, crees que ha sido preso?

— No es que lo creo, estoy seguro de ello; por consecuencia, mi amor, te saludo respetuosamente y te aconsejo hagas lo que yo, es decir, que te retires á sitio seguro.

Y diciendo esto, el forzado cogió á Elisa entre sus brazos, la apretó cariñosamente y bajó la escalera de cuatro en cuatro peldaños, dejando á la mujer del ángel Gabriel en el colmo de la estupefacción.

Al llegar al fin de la escalera, Gibassier pasó por delante del cuarto de la portera, sin fijar siquiera su atención en la pobre mujer que quería entregarle sus cartas y su periódico.

Atravesó con tanta rapidez el zaguán que le separaba de la calle, que no reparó tampoco en que un flacre estaba situado en la puerta; fenómeno notable en semejante calle y en semejante casa.

Y tampoco reparó en cuatro hombres que colocados á ambos lados de la puerta, desde el momento en que le distinguieron, se echaron sobre él y le metieron en el carruaje antes de que hubiera puesto el pie en las aceras.

Uno de estos cuatro hombres era el avinagrado Colombier, y el que le sujetaba por las muñecas era un hombre pequeño, moreno y de bigotes, en quien reconoció inmediatamente por las vagas indicaciones de Elisa, al que había cortado las alas al ángel Gabriel.

Después de diez minutos, el carruaje llegó á la prefectura de policía, y después de hora y media de encontrarse en el depósito, en donde había encontrado á sus colabora-

dores y amigos, Trozo de Acero, Carmañola, Paja-Larga y Papillón, hizo, según lo hemos dicho, su entrada en el gabinete de Mr. Jackal á las doce en punto del día.

Se comprende, que suficientemente enterado por sus camaradas de las prisiones de la vispera, Gibassier podía presentar un rostro algo extraño ante el jefe de la policía.

— Gibassier, le dijo Mr. Jackal con un tono profundamente afligido, siento mucho, creedlo, el teneros que poner á la sombra durante algún tiempo. El sol de las grandes ciudades os tiene un poco alterado el cerebro, amigo mío, y cuando habéis detenido la mala, que llevaba á un inglés y su mujer, entre Nemours y Chateau-Landón, habéis olvidado que os podía enredar la corte de Londres con la de Francia; ó en otros términos, habéis abusado demasiado de la libertad que yo os había otorgado con tanta generosidad.

— Pero, Sr. Jackal, interrumpió Gibassier, podéis creer, que al detener la mala, mi intención no fué maltratar en nada á aquellos isleños.

— Esto es lo que me gusta en vos, Gibassier, que al menos tenéis el valor de vuestra opinión. Otro en vuestro lugar, Papillón ó Trozo de Acero, por ejemplo, pondrían los gritos en el cielo como simples corderillos, si se les hablase de una mala detenida por ellos entre Nemours y Chateau-Landón; pero vos entráis de lleno en la verdad. Una mala ha sido detenida. ¿Por quién? Por mí, decís, y esto, Gibassier, es bastante. Una franqueza excesiva, hé aquí vuestra cualidad esencial, dominante, y tengo una verdadera satisfacción en confesarla delante de vos. Pero desgraciadamente, mi buen amigo, la franqueza, por preponderante que sea, no reúne todas las cualidades que se necesitan para ser un sabio, y hé aquí también por lo que

me encuentro precisado á deciros que habéis faltado totalmente á la sabiduría en el negocio de la mala. ¿Cómo diablos á un hombre de talento como vos, se le ocurre la idea de detener á los ingleses?

— Los tomé por naturales de la Alsacia, respondió Gibassier.

— Es una circunstancia atenuante, por más que Trozo de Acero, siendo de aquel país, no debía querer perjudicar á un compatriota, y por consecuencia él ha faltado á su vez al buen gusto, de donde deduzco que un poco de sombra os será conveniente.

— Según eso, dijo el forzado que empezaba á desconcertarse, ¿me enviáis bárbaramente á presidio?

— Bárbaramente, como vos decís.

— ¿Á Rochefort, á Brest ó á Tolón?

— Adonde queráis, amigo mío. Ya veis qué paternalmente me porto con vos.

— ¿Y para mucho tiempo?

— También queda á vuestra elección. Vos no tenéis más que pasarlo allí bien; me sois demasiado indispensable para que no os llame á mi lado tan luego como haya ocasión.

— ¿Y he de estar apareado?

— Como gustéis. Ya veis que no puedo ser más condescendiente.

— Pues bien, dijo Gibassier, conociendo que no podía hacer otra cosa más que admitir lo que se le proponía; estoy conforme, elijo á Tolón y sin aparearme con otro.

— ¡ Ah! dijo suspirando Mr. Jackal; también habéis perdido una de vuestras cualidades más preciosas, Gibassier, y es la de la gratitud ó de la amistad. ¿Cómo vuestro corazón podrá ver en lo sucesivo, sin estremecerse, que

llega un hermano de presidio á distinto calabozo que el vuestro?

— ¿Qué queréis decirme? preguntó el forzado que no descubría adónde iba á parar Mr. Jackal.

— ¿Es posible, ingrato Gibassier, que hayáis perdido todo recuerdo de vuestro ángel Gabriel, cuando apenas hace veinticuatro horas que alimentabais la llama de su himeneo?

— No me había engañado, murmuró Gibassier.

— Pocas veces os engañáis, querido amigo, y esta es otra de las justicias que debo haceros.

— Estaba seguro de que habia sido preso por orden vuestra.

— Efectivamente que ha sido por orden mía; ¿pero sabéis, Gibassier, por qué le he mandado prender?

— No, respondió francamente el forzado.

— Por un pecadillo, que si queréis sólo será falta de sentido común, pero que sin embargo merece una pequeña corrección para enseñarle á que se conduzca mejor. Podéis creer que mientras el cura de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, que le casaba, le hacía besar la patena, le ha robado el pañuelo y la caja de tabaco. No le hay más listo; de modo que el cura, que no quiso dar un escándalo en la iglesia, concluyó tranquilamente la ceremonia y á la media hora vino á manifestármelo. Y ved aquí cómo vos sois un ingrato, Gibassier, por no suplicarme el ser puesto en la misma cadena que ese joven aturdido de quien podríais completar la educación.

— Si es así, retiro mi indicación. Pido el ir á Tolón y acompañado.

— Gracias á Dios, que reconozco á mi Gibassier de gran corazón. ¡ Ah! qué hombre hubiérais sido si hubiéseis es-

tado en mejor escuela; pero se os ha ofuscado desde la infancia con la lectura de los clásicos, y no conocéis los elementos de la escuela moderna. Eso es lo que os ha perdido. Pero aun no hay que desesperar y los extravíos aun pueden repararse. Sois joven aún, y podéis estudiar. Escuchad: en el momento en que habéis entrado, pensaba en crear una vasta biblioteca con las costumbres de todos los desheredados de vuestra especie; ¿y si mientras yo desarrollase mi pensamiento, en vez de enlazaros al ángel Gabriel os diera solamente una media cadena? ¿y si os elevase después de vuestra entrada al rango más buscado, al más lucrativo, al rango de memorialista, es decir, de escritores? ¿No sería esta una encantadora misión, que tendría por objeto la correspondencia de todos sus camaradas que no escribiesen, estando así al corriente de sus secretos más íntimos, pudiendo darles consejos y apoyo? ¿Qué diríais vos de semejante favor?

— Vos me abrumáis, dijo con un tono medio irónico y medio serio el forzado.

— Merecéis que se os tengan consideraciones, contestó con afectada política Mr. Jackal. De esta manera, ambos podréis consideraros como unos empleados oficiales. ¿Acaso tendréis, mientras os encontréis allí, otros trabajos que hacer; otras cartas que dirigirme?

— Una sola cosa tengo que pedir.

— ¿Y cuál es? querido amigo, yo no deseo más que poder servir en cualquier cosa que me pidáis.

— Puesto que Gabriel, dijo el forzado, ha sido detenido anoche, no ha tenido tiempo suficiente para estar con su querida esposa. ¿Sería pedir demasiado que la permitiérais á ésta ver á su marido antes de partir para el Mediodía?

— No es pedir demasiado, querido amigo, y podrá verle todos los días antes de que marche. ¿Es eso todo lo que deseabais, Gibassier?

— Es solamente la primera parte de mi exigencia.

— Veamos la segunda.

— ¿La permitiréis habitar bajo la misma zona que su esposo?

— Concedido, Gibassier, por más que la segunda parte de vuestra petición no sea tan digna de alabanza como la primera. En la primera parte me habéis demostrado vuestro desinterés hablando en favor de un amigo ausente, pero en la segunda vuestras exigencias me parecían algo interesadas.

— No os comprendo, dijo Gibassier.

— Pues es bien sencillo. ¿No me habéis dicho que la mujer del ángel Gabriel ha sido vuestra antigua amiga? pues esa es la razón de que me haga á mí sospechar que la instalación que deseáis sea más bien por vos que por él.

El forzado se sonrojó púdicamente.

— En fin, dijo Mr. Jackal, eso está concluido. ¿Tenéis algo más que pedirme?

— Una sola cosa.

— Vais á estar pidiendo por lo visto mientras os encontréis aquí.

— ¿Cómo se efectuará nuestra partida?

— Ya debéis saber cómo se practican esas marchas, Gibassier, y la vuestra se hará como se acostumbra siempre.

— ¿Tendremos que pasar por Bicetre? preguntó el forzado haciendo un horrible gesto.

— Naturalmente.

— Hé aquí una de las cosas que más me afligen.

— ¿Y por qué? mi buen amigo.

— Qué queréis, Mr. Jackal, no puedo acostumbrarme á Bicetre. Solamente la idea de tener que estar en contacto con los locos, me ataca á los nervios.

— Entonces, dijo Mr. Jackal levantándose, ¿por qué no sois vos cuerdo? Desgraciadamente, Gibassier, continuó al mismo tiempo que se dirigía á tirar de la campanilla, desgraciadamente no puedo acceder á vuestro deseo. Comprendo toda la tristeza en que ese pensamiento puede sumiros, es una espantosa necesidad; pero ésta no es más que una, como vos sabéis por vuestra calidad de clásico, los antiguos la representaban con extremos de hierro.

Mr. Jackal concluyó estas palabras cuando Colombier entró.

— Colombier, dijo el jefe de la policia cogiendo un gran polvo de tabaco, que tomó con cierto descanso, como satisfecho del aspecto que presentaban las cosas; Colombier, os recomiendo muy particularmente, ya me comprendéis, muy particularmente á Mr. Gibassier. Provisionalmente, en vez de llevarle al depósito, le conduciréis á la prisión en que habéis colocado al sujeto que detuvisteis ayer noche.

Después, volviéndose hacia Gibassier, le dijo:

— Es del ángel Gabriel de quien hablo; y decidme que no tengo presente todo; ingrato!

— No sé verdaderamente cómo daros las gracias, contestó el forzado inclinándose.

— Ya me pagaréis á vuestra vuelta, dijo Mr. Jackal sonriéndose.

Le miró y se retiró con cierta melancolía.

— Por ahora me quedo manco, dijo, porque es mi brazo derecho el que se marcha.

## CAPÍTULO IX.

## LA CADENA.

El antiguo castillo de Bicetre, situado en Villejuif, cerca de la villa de Gentilly á la derecha del camino de Fontainebleau, á una legua al sur de París, ofrece al viajero que se dirige hacia estos parajes uno de los más sombríos espectáculos que puede imaginar.

En efecto, esta tosca y negra masa de piedras, vista á cierta distancia, tiene no sé qué de extraño y horrible, de fantástico y de repugnante.

Allí se creen ver pasar y repetirse con los cabellos erizados, todas las enfermedades, todas las miserias, todos los vicios y todos los crímenes que se han cometido desde San Luis hasta nuestros días.

Retiro y prisión á la vez, hospicio y presidio al mismo tiempo, el castillo de Bicetre parecía una antigua villa abandonada en Alemania y visitada á ciertas horas por las gulfas y los brujos del infierno.

El doctor Pariset decía de Bicetre en su informe dirigido al consejo general de presidios, « que Bicetre realizaba el infierno de los poetas. »

Los que han visitado hace años este edificio aun pueden atestiguar la verdad de nuestro aserto.

Entonces tenía lugar en Bicetre la ceremonia de poner el hierro. En verdad el espectáculo que empezaba en este sombrío lugar para no terminar hasta Brest, Rochefort ó Tolón, era de los más siniestros; se comprende perfec-